

## **Adolf Hitler, y el sacrificio Nacionalsocialista**



El Nacionalsocialismo, como todo movimiento revolucionario, es alimentado por el sacrificio personal. Nuestro movimiento no sólo es único en que lo que hizo nuestro líder, el cual sentó un ejemplo de sacrificio personal, no solo durante la lucha por el poder, sino que lo hizo a lo largo de su toda su vida.

Cuando Hitler era solo un joven muchacho cedió su pensión de huérfano a su hermana más joven, Paula, y entonces tuvo que arreglárselas solo para sobrevivir en un mundo hostil, donde su pan diario tenía que ser amargamente ganado. Este ejemplo precoz de poner las necesidades de otros antes que las suyas fue constante en su vida.

Durante la Primera Guerra Mundial, Hitler compartió todas las penas de los soldados comunes. Su regimiento fue desangrado en el frente. Cuando su fuerza decayó, cada hombre fue impelido a hacer más. Ningún hombre hizo más que Hitler. Constantemente se ofreció para deberes extras, cumplió las misiones más arriesgadas, y escapó por poco a la muerte muchas veces. Era como si, exclusivamente por su pura voluntad, pudiera traerle la victoria a Alemania. Cuando era tiempo para él de disfrutar de un bien merecido descanso o permiso, se negaba

y, en cambio, se lo daba a un hombre casado para que pudiera pasar tiempo en casa con su familia.

Después de la puñalada por la espalda y la humillante derrota de Alemania, Hitler juró dedicar el resto de su vida a hacer a Alemania grande y acabar con el diabólico Tratado de Versalles. Durante estos años de lucha, conoció incluso privaciones aun mayores de las que había pasado en su juventud.

Su vestuario personal estaba tan gastado que un miembro del Partido tuvo que donar un traje para que el Führer pudiera entrevistarse con los grandes magnates de la industria. No sólo tuvo que vivir humildemente para que cada marco pudiera emplearse en la lucha, sino que también tuvo que abandonar su sueño de convertirse alguna vez (o así él pensaba en aquel tiempo) en artista o arquitecto.

Las ganancias materiales no eran los únicos sacrificios que el Partido exigió de su líder. Hitler lamentó a menudo que no pudiera disfrutar del hogar y el seno de su propia familia, puesto que no podría casarse ya que estaba casado con toda Alemania. Peor todavía, supo que nunca podría conocer la alegría de la paternidad, porque sería injusto para sus hijos, es decir, la tarea de seguir sus pasos sería demasiado grande para ellos.

Cuando la guerra le fue impuesta a Alemania, por mezquinos intereses ingleses, el Führer tuvo que abandonar su sueño de reconstruir sus ciudades. Se puso entonces su uniforme y se negó a quitárselo hasta conseguir la victoria. Trabajó siempre contra reloj teniendo más y más que hacer. Su oficina principal, la "Guarida del Lobo" en Rastenburg, estaba enterrada en un bosque pantanoso que era demasiado caliente en verano y demasiado frío en invierno. Su personal lo consideraba como un destino deprimente y no paraban hasta que eran transferidos a París o Berlín, dejando atrás al Führer esforzándose por Alemania sin entretenimiento, luces brillantes o el dulce fruto de la victoria.

En el bunker del Führer en la primavera de 1945, Hitler robaría unos minutos a las conferencias militares para admirar los modelos de las magníficas ciudades Nacional-socialistas que soñó construir después de la guerra sabiendo demasiado bien que nunca se construirían durante su vida.

Cuando los proyectiles soviéticos empezaron a caer en la ciudad, le dijo al General de las Waffen SS Leon Degrelle que si él hubiera tenido un hijo, hubiera querido que fuera como éste, así que Degrelle debía

conservar su vida junto con el Coronel Hans-Ulrich Rudel, para que inspiraran a la futura juventud alemana con su heroísmo. El Führer dijo que haría el último sacrificio por Alemania y no huiría, sino que combatiría al enemigo hasta el amargo final y luego privaría a los capitalistas y bolcheviques de su placer judío de no sólo llevarlo a juicio, sino también de mutilar su cuerpo, y así luchó hasta que los "untermenschen" estuvieron a sólo unos metros y luego se marchó al Walhalla.

Adolf Hitler era un hombre quien se sacrificó él mismo, toda su vida, por su pueblo. El gran sacrificio es una característica intrínseca del Nacionalsocialismo, es decir, el sacrificio de lo individual para el bien de la mayoría. Esto es por qué un solo nacionalsocialista vale tanto como cien demócratas o comunistas. Esto es lo que nos hace tan fuertes y tan temidos.

Cuando era un joven miembro del partido, yo trabajaba 48 horas a la semana en una fábrica local, donaba todo mi jornal al Partido, limpiaba el cuartel general, hacía trabajo burocrático, recogía firmas para peticiones, preparaba comidas, concedía entrevistas para la televisión. Muchos de los "buenos" nacionalsocialistas eran difíciles de encontrar cuando llegaba el momento de trabajar o donar algún dinero. De forma poco sorprendente, todos fueron segados del movimiento no con amenazas de muerte o bombas, sino por su propia falta de convicciones en el nacionalsocialismo. Querían divertirse y obtener gloria a expensas de los sacrificios de otros camaradas. Estos zánganos rápidamente dejaban el Partido, y cada vez que lo hacían, nos hacían más fuertes.

Comparado a los sacrificios de nuestro Führer, mi dinero, sudor y sangre es una vil ofrenda. Sin embargo, nuestro movimiento está lleno hoy de camaradas cuyos sacrificios les hacen héroes, verdaderos nacionalsocialistas.

Nosotros los nacionalsocialistas juzgamos a un hombre o mujer solo por una prueba de fuerza, y esta es cuánto se sacrifican por la victoria. ¡Cuan inteligente son (o piensan que son), cuan ricos son, qué buenos luchadores dicen ser, o cuánta cerveza pueden consumir, todo esto no significa nada...solo cuánto una persona da de sí mismo!

¡Cada uno de nosotros - tú y yo incluidos- debe preguntarse a sí mismo esta cuestión clave!

**¡Heil Hitler!**